

JOSEFINA MOCTEZUMA

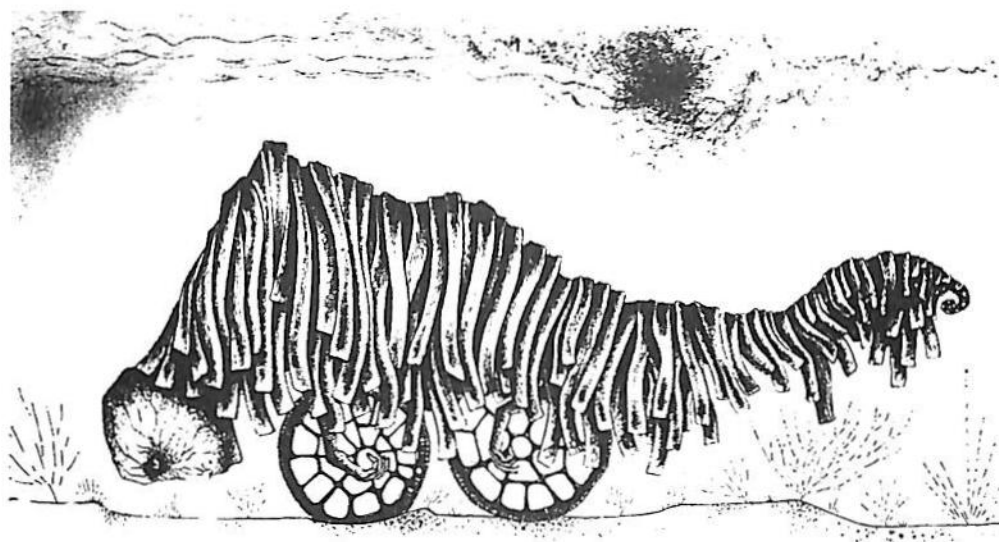
Rosamunda

CON LOS OJOS fijos en el techo, el viejo escucha la radio con atención; su delgada mano acaricia al perro que duerme a su lado; el estómago siente los estragos de la falta de alimento; presintiendo que esa noche tampoco probará bocado, trata de no pensar en ello, al cabo grita.

Sentada en la desvencijada silla de la cocina escuchas la voz del anciano, sonrías, te levantas trabajosamente, esa gordura tuya te va a matar, te mueves lenta por la cocina, cada vez se vuelve más pequeña, piensas; sacas del refrigerador algunos alimentos, preparas lo que más te gusta, con calma; tienes todo el tiempo para ti: *pan con mantequilla y miel, leche, jamón y queso para una sincronizada*; sacas un juego de cubiertos y un vaso de la vitrina de polvosos entrepaños. Arreglas la mesa del comedor y dispones los alimentos preparados, comes, el único placer que te permites. Pones atención: ya no se escuchan los gritos del viejo. Amén.

Tanto silencio te incomoda. Subes las escaleras y entras al cuarto, en la cama antigua de latón descolorido, la que heredarás algún día, yace tu madre, te acercas a ella, las palabras entrecortadas por el supremo esfuerzo no las escuchas, miras con odio a esa vieja, ajena siempre a ti, sin importarte que esté muriendo; nunca olvidarás el daño causado, iracunda acercas tu rostro a la desfalleciente y le murmuras todo el resentimiento por mucho tiempo contenido, escuchas de nuevo los gritos lastimeros del hombre, tu padre, que, acostado en la recámara contigua, te suplica alimento.

Bajas de nuevo. Enciendes el televisor, te dejas caer en el viejo sillón de tu madre, y miras la pantalla sin poner atención. La película que has vivido con esos extraños, tus padres, te golpea. Siempre pendiente de sus órdenes, sobre todo de tu madre, quien no te dejó libre cuando una última oportunidad llegó a tu vida.



Bestia del circo, 1966.

Al ser evidente tu embarazo, ella recrudció sus insultos. ¿Embarazada a tu edad? No podías ser más estúpida. ¿Y ahora, qué vas a hacer con un hijo? Cómo piensas ayudarme y cuidarlo, será otra boca y sabes bien que la pensión de tu padre apenas nos alcanza para comer. Además, no te conviene tener un hijo, a tus años podría nacer con taras, como tú.

Sientes cómo Nerón te lame una mano, con las orejas gachas, espera que le grites, es el único que ha soportado tu mal humor de los últimos días, recoges las sobras del plato que continúa en la mesa y se las das ¡pobre perro, cómo te cuesta bajar las escaleras!

Ya no escuchas el aparato de radio. Subes y entras al cuarto del viejo, tiene los ojos abiertos, sabes que no ve, pero te siente, sonrío desde aquel camastro a donde lo confinó tu madre, *está más cerca del baño y no hace tantas cochinas en el camino*, decretó; cuando estás a punto de salir, te habla dulcemente *sé que me darás algo de comer, soy tu padre y me quieres, por eso no te has ido, lo sé*.

No contestas. Abandonas el cuarto y cierras la puerta tras de ti, a través de la cual se escuchan de nuevo, los gritos desesperados, igual a los de ella esta tarde: *¿Otra vez te cagaste en la cama? Pareces niña, hay que bañarte no queda otra. ¿Que con qué calentaré el agua?, con nada. Sabes perfectamente que se terminó el gas hace días y se debe ahorrar lo de la pensión, así que tendré que bañarte con agua fría*.

Fue necesario subir las cubetas de agua del patio. También el agua dejó de pagarse hace mucho tiempo. Deduces que ella no era tan fuerte como aparentaba, sí, ya recordaste que tenía un poco de gripe, pero no era cuestión de dejarla batida en su propia mierda. Te preocuparon sus gritos y que alguien más la escuchara y viniera a importunarte, así que la callaste con un golpe en la boca. No faltaba más. *Se han convertido en niños*.

Cuando terminaste de asearla, el cansancio y el deseo de fumar te hicieron bajar de nuevo a la sala, encendiste el tocadiscos, todavía estaba el viejo disco de los Panchos, ¿cuánto tiempo ha pasado? No recuerdas, desde la última reunión con amigos de la casa, tu madre argumentó que recibir a personas significaba gastos extras; y a partir de entonces, ni siquiera con esos viejos conversas.

Buscas debajo de la vitrina la tabla que desclavaste para ocultar algunas cosas. Hacerlo ahora te llena de rabia, nunca pudiste fumar frente a tus padres; sacas la caja de cigarros, te quedan dos, qué lástima, hasta mañana podrás comprar otros. Disfrutas el humo y el sabor del tabaco, cuando escuchas de nuevo la voz de tu padre:

—Rosamunda ¡tu madre se muere! Sube, ten compasión.

—¡Compasión! Ella no la tuvo cuando aborté por su culpa.

Subes las escaleras lentamente, entras a la habitación de tu madre, adivinas su agonía sin inmutarte. El viejo adivina tu pensamiento, deseas abrazarlo, no puedes. Frente a los dos, la anciana cierra los ojos para siempre.

Observas a tu padre, sentado al lado de la esposa muerta, las manos de ella entre las suyas, le habla cariñosamente: *vieja, no te vayas, ¿qué voy a hacer?* Escuchas, todavía la quiere, hasta que la muerte los separe.

Recuerdas que los muertos se enfrían rápidamente, así que buscas en el ropero de enormes lunas en las que te ves reflejada: *vieja, gorda, cansada, pero ¡no más!*, el vestido de seda con grandes flores que sabes le encantaba a tu madre, huele a naftalina, te provoca náuseas, lo alejas de ti, encuentras los zapatos casi nuevos envueltos en papel de china negro, recuerdas: *mamá, perdóname por pedirte, pero ya no tengo zapatos, cómprame unos, casi ando descalza... no tengo dinero, ya sabes que hay que cuidar el dinero*. Entonces le pediste los zapatos de raso que ya no usaba y cuál fue su respuesta: *¿mis zapatos de raso? Estás loca, no sabrías cuidarlos, los usarías para lavar el patio, la ropa... no, definitivamente, no*.

El cadáver de la mujer te produce asco, tan flácido, tan débil, todavía huele a mierda, lo sientas entre los almohadones para que se sostenga. Tu padre presiente con horror que notas en su rostro, todos tus movimientos. No intenta hacer nada. Tal vez entiende todo el rencor guardado y acepta lo que vendrá esta noche. LC



Los Cainitas II (detalle), 1961.